La fotografía del último tranvía

Por Shyvirelle

La fotografía apareció dentro de una guía telefónica que nadie había abierto en treinta años. Nélida la encontró mientras vaciaba su estudio: un tranvía detenido bajo la lluvia, una mujer con abrigo claro junto a la puerta y, detrás, el reloj de la estación Norte marcando las ocho y diecisiete.

En el reverso alguien había escrito: «Adela, la noche en que desapareció».

Nélida conocía aquella letra. Era la suya. Lo que no reconocía era la frase.

Había fotografiado el cierre de la línea del tranvía cuando todavía trabajaba en la calle con una cámara pesada. Adela Cárdenas, una colega más joven, llevaba una caja de placas y negativos. Después, Adela se marchó de la ciudad y nunca volvió a ponerse en contacto con quienes habían trabajado en el estudio. Con los años se dijo que había desaparecido el quince de julio, justo después del último servicio nocturno. El relato pasó de un periódico a otro hasta adquirir la consistencia engañosa de una fecha grabada en piedra.

Simón Vera, investigador de la historia local, fue el primero a quien Nélida mostró la foto.

—Hay otra —dijo él, sacando una reproducción de su carpeta—. Estación Sur. Mismo día, misma hora. Y la misma mujer.

El reloj que aparecía detrás de Adela en la segunda foto marcaba, también, las ocho y diecisiete. Entre las estaciones mediaban dieciocho minutos de recorrido en el mejor de los casos. En ambas imágenes, Adela sostenía la caja bajo el brazo izquierdo. Simón había pasado meses buscando una explicación. Algunos vecinos hablaban de un doble; otros, de una puesta en escena para abandonar una deuda.

—Yo hice esas fotografías —dijo Nélida—. Si estuviera trucada alguna, recordaría por qué.

—¿Segura?

—De las cámaras, sí. De los calendarios, cada día menos.

Pidieron ayuda a Inés, la antigua aprendiz de Nélida. Había aprendido a revelar y a identificar negativos antes de dedicarse a restaurar libros. Cuando miró las copias no preguntó por el supuesto doble. Preguntó quién las había recortado.

—¿Recortado? —repitió Simón.

—La de Sur no tiene el mismo encuadre que las copias de la exposición antigua. Mira el borde derecho: cortaron la mitad de una columna.

La fotografía conservada por el archivo municipal había sido montada sobre cartón. Inés no intentó despegarla. Buscó en los cajones de Nélida una tira de contactos, aquella hoja donde se veían pequeñas reproducciones de todos los fotogramas de un mismo rollo. Apareció dentro de una caja de facturas, entre un retrato de bodas y un desfile infantil.

En el contacto, la foto de Sur incluía mucho más que la mujer y el reloj. A la derecha había un letrero alto, sostenido por dos postes. La copia del archivo estaba cortada justo antes de mostrarlo. Sin embargo, conservaba una sombra en diagonal que cruzaba el suelo hasta los zapatos de Adela.

—Conozco esa sombra —dijo Inés—. Cuando era niña, mi padre me llevaba a la estación. Allí había un anuncio de la despedida de la línea. Lo desmontaron antes de la semana de las obras.

Simón sacó una lupa. En la hoja de contactos, el letrero no se leía completo, pero sí una parte: «DESPEDIDA, 8 DE JULIO». Nadie había reparado en el detalle porque la copia pública lo ocultaba.

—Entonces no fue el quince —murmuró.

—Todavía no sabemos qué día tomaron la foto —objetó Inés—. Que haya un anuncio no basta. Pudo quedarse instalado más tiempo.

Nélida sonrió apenas. Le gustaba que su aprendiz se negara a dar por probado lo que solo parecía probable.

A la mañana siguiente, Simón encontró el registro de mantenimiento de la compañía. La estación Norte había tenido el reloj adelantado dieciocho minutos durante una semana, del seis al doce de julio, porque el mecanismo no volvió a ajustarse hasta que terminaron una reparación. Sur conservaba la hora de referencia de la línea. El registro llevaba la firma del encargado y una anotación del inspector: «Advertir a los viajeros hasta corregir el desfase».

—Primera trampa resuelta —dijo Simón, extendiendo los papeles sobre la mesa.

Nélida puso las dos fotografías una junto a otra. En Norte, el reloj decía veinte y diecisiete, pero la hora real era diecinueve y cincuenta y nueve. Adela pudo subir al tranvía a las diecinueve y cincuenta y nueve y llegar a Sur dieciocho minutos después, justo a tiempo para la segunda fotografía. No hacía falta que existieran dos Adelas. Hacía falta que los relojes no se pusieran de acuerdo.

Quedaba la fecha. Inés pidió examinar el cartel de despedida en las fotografías de otros vecinos. Encontró una instantánea de la plaza publicada en un folleto: el letrero seguía allí el ocho. Un acta de desmontaje, fechada el nueve, anotaba que los dos postes se habían retirado esa mañana y entregado al depósito. La sombra de Sur solo podía pertenecer al cartel mientras estaba colocado. La hoja de contactos añadió el dato decisivo: el fotograma siguiente mostraba la celebración del último viaje, con un calendario de mesa que decía «8 de julio» en el kiosco de billetes.

La noche fotografiada era, por tanto, la del ocho. La mujer que aparecía en ambas imágenes seguía en la ciudad una semana antes de la supuesta desaparición.

—¿Quién escribió el quince? —preguntó Inés.

Nélida volvió a mirar el reverso. Reconoció la presión de su lápiz, pero no el sentido de la frase. Entonces recordó a quien le había pedido describir las fotografías muchos años atrás: un hombre llamado Dávila, responsable de organizar la primera exposición de la línea. Le había dictado los pies de foto porque ella tenía una mano inmovilizada por una caída. Nélida escribió lo que él le decía y no revisó las fechas.

Simón halló en el inventario de esa exposición una nota que cambiaba el misterio de lugar. Dávila había recibido «en custodia provisional» dieciséis cajas de negativos pertenecientes a Adela. Poco después, los catálogos presentaban las imágenes como parte de la colección particular de Dávila, sin mencionar a su autora. En el margen de una ficha figuraba la misma fecha de la supuesta desaparición: quince de julio.

La confusión de relojes había servido para volver imposible una escena corriente. La confusión de fechas había servido para construir una ausencia. Si todos creían que Adela había desaparecido esa noche, era más fácil decir que nadie podía reclamar los materiales dejados en su estudio.

—Y más fácil vender copias sin preguntar a quién pertenecían —añadió Inés.

Faltaba averiguar qué había ocurrido realmente con Adela. Nélida conservaba un sobre dirigido a ella, sin abrir, dentro de la misma guía telefónica donde encontró la primera foto. En aquellos años había cerrado el estudio por enfermedad y muchas cartas quedaron sin contestar. El sobre llevaba matasellos del trece de julio. Dentro, Adela le explicaba que se marchaba al puerto para trabajar en un taller de fotografía; había salido de la ciudad el doce, tres días antes del episodio que le atribuían. Adjuntaba una lista de las cajas que pensaba recoger más adelante y pedía que nadie cediera sus negativos a terceros.

La carta no decía qué hizo Adela durante el resto de su vida. No resolvía cada año de silencio. Sí bastaba para desmontar la idea de que se había evaporado de una estación el quince y para mostrar que su archivo no era una propiedad abandonada sin instrucciones.

Simón escribió una rectificación para el boletín de historia local. No llamó ladrón a nadie sin un procedimiento que permitiera examinar las cajas y sus títulos de propiedad. Documentó la cadena de custodias, distinguió originales de reproducciones y solicitó que el archivo identificara a Adela como autora mientras se aclaraba la titularidad de los materiales. Los herederos de Dávila respondieron que abrirían sus depósitos a una revisión con inventario.

Nélida, por su parte, sustituyó los pies de foto de su exposición. Debajo de la primera imagen escribió: «Estación Norte, 8 de julio, 19:59 reales; el reloj mostraba 20:17». Bajo la segunda: «Estación Sur, 8 de julio, 20:17». No añadió una explicación sobrenatural, ni una disculpa adornada. Puso también su nombre junto a la frase equivocada que había escrito años antes.

Inés la acompañó al local donde se exhibían las copias. Antes de irse se detuvo frente al tranvía. Adela seguía allí, con una caja bajo el brazo y la mirada puesta en la puerta abierta. Ya no parecía una mujer atrapada en dos lugares imposibles, sino alguien que había alcanzado a tomar su último transporte antes de empezar otra vida.

—¿Te decepciona el final? —preguntó Nélida.

—No —dijo Inés—. Me molesta que tardáramos tanto en preguntarnos quién había escrito la historia debajo de la foto.

Afuera llovía como en aquel julio. El reloj de la plaza marcó la hora. Ninguna de las dos sintió necesidad de comprobarla con otro.